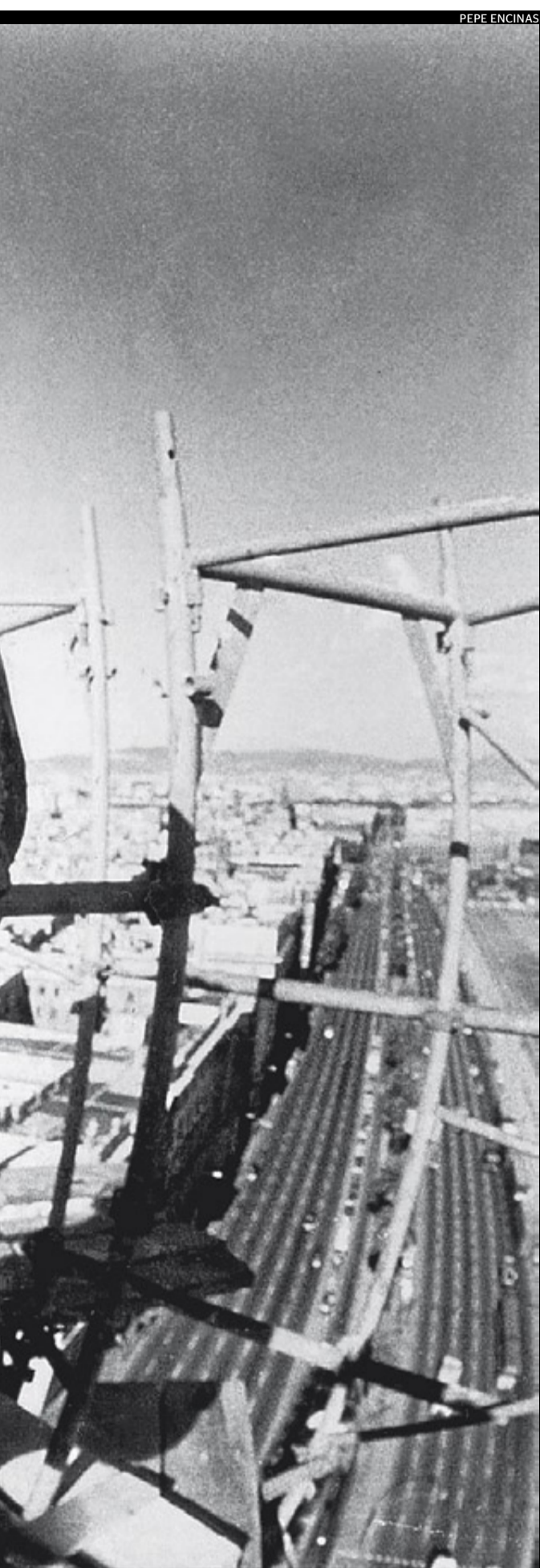


NARIZ DE BOXEADOR.
La lente gran angular
que eligió el fotógrafo
deformó el rostro de
Colón. «Parecía un gran
boxeador», dice Encinas.



TESTIGO DIRECTO

EL PERIÓDICO LLEGÓ ANTES QUE NIKE



POR **PEPE ENCINAS**

En junio de 1981, un incendio arrasó el edificio de los almacenes El Águila, en la plaza de la Universitat. Como fotógrafo de EL PERIÓDICO DE CATALUNYA, fui a cubrir la noticia y pude tomar diversas instantáneas del voraz fuego. Las llamaradas eran tan virulentas que los bomberos luchaban, no para extinguirlas, sino para que el edificio no se desplomara. El agua de las mangueras incesantes provocaba un humo denso que se escabullía por la cúpula del inmueble, coronado por un águila real con las alas extendidas. La escena hacía pensar al espectador que el animal intentaba remontar el vuelo a través de la espesa niebla humeante. Aquel día fue su último vuelo.

A partir de ese momento, me obsesioné con mirar hacia arriba y descubrir la ornamentación de los edificios barceloneses, a menudo coronados con estatuas. Amparado también por un diario que siempre se ha preocupado especialmente por las noticias locales, retraté el Col·legi d'Advocats, La Unión y el Fénix, La Equitativa y todo lo que, mirando desde la calle al cielo, pudiera redescubrir. También retraté el conjunto de estatuas que hay en el edificio del Gobierno Militar y, una vez allí, me di cuenta de que Colón estaba cubierto por un andamio para su restauración.

EL AYUNTAMIENTO YA HABÍA EMPEZADO las tareas de limpieza del viejo almirante, diseñado en 1886 por el arquitecto Gaietà Buigas. Y por casualidad, habían descubierto que la estructura de acero del monumento estaba muy deteriorada. Sin embargo, los trabajos de rehabilitación permanecían paralizados porque los planos originales de Buigas se habían perdido y el entonces alcalde, Narcís Serra, tampoco había firmado el permiso de la comisión de Obras Públicas del Ayuntamiento.

Era una tarde soleada y tranquila del mes de octubre, y me aproximé a Colón con la intención de fotografiar el monumento. Al llegar, observé que nadie custodiaba las obras, así que, con el descaro y la espontaneidad que dan los 26 años, me dispuse a trepar por el ensamblaje de mecanotubo que rodeaba a la estatua. En ningún momento pensé que podría llegar al punto más alto, ya que el vértigo me paraliza. No obstante, me fui poniendo pequeñas metas.

La primera fue trepar por el mecanotubo, que tenía unos cuatro metros de altura, hasta llegar a la base de la columna, donde me esperaban unas bellas mujeres aladas para ser fotografiadas, obra de Francesc Font y Rossend Nobas. Iba pensando que eran unos ángeles preciosos y sexis. Por aquel entonces, aún ignoraba que las esculturas que representan figuras femeninas aladas no evocan a ángeles, sino que se llaman *famas* y representan victorias. Las figuras sostienen en sus manos unas coronas que simbolizan la inmortalidad para el descubridor de América, un elemento muy utilizado en los monumentos conmemorativos por los escultores del siglo XIX.

Animado y contento, decidí subir por unos escalones de madera muy rudimentarios que daban acceso al monumento. Tranquilamente y sin mirar hacia abajo, fui subiendo sentado peldaño a peldaño. Cuando ascendía unos pocos metros, hacía una pausa, me concentraba en fotografiar el paisaje y me olvidaba de la altura. Mirar a través del visor me ayudaba a pensar que lo veía todo a través de una ventana, a no sentir vértigo.

POR AQUEL ENTONCES, EL PERIÓDICO solo imprimía en blanco y negro, y como los fotógrafos habitualmente llevábamos dos cámaras por si la principal se estropeaba, puse un carrete de diapositivas para obtener la toma también en color. Solo me quedaba un carrete en color y, como desde un principio, tenía claro que no hallaría el valor para subir hasta la cara de Colón, lo gasté antes. Iba cargado con mi Nikon F2 PhotoNik, mi Nikon FM y un maquito lleno con unos cuantos objetivos, entre ellos un *fisheye* 16mm (un gran angular ojo de pez). Llegué hasta el huevo de Colón, es decir, hasta la base de la escultura del almirante, obra de Rafael Atché, que representa la bola del mundo. Mi meta estaba

«PARA DEMOSTRAR QUE LA FOTO NO SE HIZO DE LEJOS, ELEGÍ EL ANGULAR OJO DE PEZ, AUN SABIENDO QUE LA NARIZ DE COLÓN APARECERÍA DEFORMADA»



«Por si había algún percance», Pepe Encinas colgó la cámara del dedo de Colón y se hizo esta foto que atestigua su 'tête-à-tête' con el almirante.

«FUI A RETRATAR EL MONUMENTO Y, COMO NO HABÍA VIGILANTES, EMPECÉ A TREPAR POR EL ANDAMIAJE. TARDÉ DOS HORAS: SUFRO VÉRTIGO»

cada vez más cerca. De momento, me encontraba ante los pies de Colón, y la curiosidad hizo que me cerciorara de si el señor llevaba medias, calzoncillos o qué, pero debajo de su abrigo no encontré nada más que opacidad absoluta.

TARDÉ CASI DOS HORAS EN SUBIR los 60 metros de altura que hay desde la base del monumento hasta el punto más alto. Pero finalmente lo conseguí. Llegué a la cima y pude contemplar la cara de Colón. El almirante, con un semblante triste, no se encontraba en su época dorada (originalmente era de bronce) y presentaba su faz totalmente sucia, cubierta de excrementos de gaviotas y deteriorada por el salitre del mar.

De pronto, me vinieron a la mente las palabras de mi jefe, Carlos Bosch. Era argentino y, cuando viajaba a su país para ver a la familia, siempre nos decía que, si algún día cogía un avión y sufría un accidente, tendría tiempo suficiente para hacer unas cuantas fotos, rebobinar el carrete, metérselo en la boca y morir. Así que si algún día sucedía dicha desgracia, ya sabríamos dónde encontrar las pruebas. Me pareció algo exagerado meterme el carrete en la boca, pero la idea era buenísima. En aquella parte del monumento no había red y, si sufría algún percance, decidí tener una prueba que corroborase mi tête-à-tête con Colón. Colgué la cámara del brazo que

tiene extendido hacia Mallorca, América o Catar –vayan ustedes a saber– y me hice unas cuantas instantáneas.

Había llegado la hora de la verdad, el momento de retratar a Cristóbal Colón. Y elegí hacerlo con mi *fisheye* 16mm, aun sabiendo que deformaría el rostro de mi modelo. Cualquiera que tuviese un buen teleobjetivo de gran alcance podría hacer una fotografía de la cara de la estatua ya fuera desde el teleférico, o desde la Torre de Jaume I, en el puerto, donde actualmente está el World Trade Center. Así que para demostrar que había estado enfrente de ese gigante de 7,20 metros, elegí mi angular ojo de pez y empecé a disparar. Y mi querido almirante salió publicado como si fuese un gran boxeador, con una nariz deformada por la lente fotográfica.

UNA VEZ ACABADO EL TRABAJO, bajé en 10 minutos. Concentrándome en no mirar hacia abajo. La adrenalina hacía que me sintiese muy satisfecho conmigo mismo por la gesta que acababa de realizar, y sabía que había conseguido un buen material. Poco me importaba en ese instante mi miedo a las alturas. La banda sonora de aquel momento habría sido *Eye of the tiger*, de Survivor, si no fuese porque tendría que pasar hasta un año para que se estrenara *Rocky III*.

A raíz de la polémica de estos últimos días sobre la nueva vestimenta azulgrana de Colón, he querido recordar esta anécdota. El 28 de octubre de 1981, EL PERIÓDICO DE CATALUNYA presentaba a los barceloneses la cara de Cristóbal Colón por primera vez y se preocupaba por su «estado de salud», sabedor de que –aunque la *marca Barcelona* aún no existía– el monumento del almirante (base, contrafuertes, columna y escultura) es de todos, y lo que importa es que siga ahí muchos años más. ≡

El monumento a Colón

cumplió ayer 125 años y se prepara para reabrirse al público, tras un año cerrado. En 1981, los barceloneses descubrieron la cara del almirante, que estos días viste la camiseta del Barça. El fotógrafo Pepe Encinas cuenta cómo trepó a hurtadillas por el andamio y tomó un primer plano que reveló su deterioro.